Eric Paul Roorda

El autor obtuvo su licenciatura en The College of William and Mary y su doctorado en The Johns Hopkins University. Es profesor asociado en Bellarmine University, director de estudios graduados en Mystic Seaport Museum, y director del Embassy and Diplomatic Scholars Program en Washington, D. C. Su libro, *The Dictator Next Door: The Good Neighbor Policy and the Trujillo Regime in the Dominican Republic, 1930-1945*, Duke University Press, 1998, recibió el Herbert Hoover Book Award y el Stuart L. Bernath Book Prize en 1999. Ha enseñado en Johns Hopkins, Long Island University, Williams College y Ohio University.

Resumen

El artículo se basa en amplias investigaciones realizadas a lo largo de casi diez años que incluyen fuentes de La Habana, Washington, D. C. y la Biblioteca Roosevelt en Hyde Park, Nueva York. El trabajo subraya las dimensiones culturales de las relaciones internacionales, al abordar el escenario de los clubes sociales en La Habana, Cuba, en la época prerrevolucionaria. Tal como lo evidencia el estudio, la atmósfera licenciosa que imperaba dentro de la Colonia Americana, y que se extendía a los estratos superiores de la aliada clase alta cubana, se desarrollaba bajo formas culturales que demostraron, en última instancia, ser políticas, en el más inestable de los sentidos.

Palabras clave:

Relaciones exteriores de Estados Unidos-Cuba, relaciones exteriores cubanas-Estados Unidos; La Habana, Cuba; clubes sociales; Country Club de la Habana; turismo.

Abstract

The paper integrates a wide range of research compiled over almost ten years, including sources from La Habana, Washington, DC, and the Roosevelt Library in Hyde Park, New York. The approach accentuates the cultural dimensions of foreign relations by focusing on the social club scene in pre-revolutionary La Habana, Cuba. As the study shows, the debauched atmosphere cultivated within the "American colony" and extending to the allied stratum of the Cuban upper crust was acted out in cultural forms that ultimately proved to be political in a most volatile sense.

Key words:

United States foreign relations-Cuba, Cuban foreign relations-United States; La Habana, Cuba; social clubs; Havana Country Club; tourism.

Fecha de recepción:
septiembre de 2002
Fecha de aceptación:
octubre de 2003

Desarraigando la tierra de clubes: la extinción de la “colonia americana” en La Habana*

Eric Paul Roorda

Fue el mundo —aquellos funcionarios, dignatarios, hombres de moda, oficiales, miembros del club de yates.

Joseph Conrad,
Under Western Eyes (1910).

Durante más de un siglo, la “colonia americana” en La Habana influyó de manera importante en las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. En su punto máximo, la población expatriada de Estados Unidos en la ciudad ascendió a más de 5 000 individuos, incluyendo agricultores, banqueros, comerciantes, diplomáticos y representantes militares. Las decisiones que tomaron los miembros dirigentes de la “colonia americana”, podían tener mayor peso que los pronunciamientos de políticas emanados desde Washington, D. C., y de hecho podían determinar la sustancia de dichos pronunciamientos. Además de estos “funcionarios, dignatarios, hombres de la moda, oficiales y miembros del club de yates”, los individuos menos prestigiosos que comprendían la “colonia americana”—mandos medios, empleados, secretarías, esposas, niños— eran un instrumento para dar a Estados Unidos una cara y forma entre la población de La Habana. Este gru-

po era mayoritariamente insular, entraba en contacto con la “sociedad huésped” de La Habana sólo en tanto lo exigían los negocios, y se ganaban su nombramiento como “colonia” estableciéndose aparte de su entorno y formando enclaves sociales y territoriales. La excepción era su membresía en ciertos clubes sociales de La Habana.

CONSTRUYENDO EL TERRITORIO DE CLUBES EN LA HABANA

La “colonia americana” en La Habana, junto con la cultura que desarrolló en esa hermosa ciudad, tiene raíces lejanas en la historia cubana. La idea y la práctica de la comunidad expatriada en La Habana empezaron con la ocupación británica de la ciudad en 1762, al final de la guerra de los Siete Años, cuando los habaneros se beneficiaron materialmente de la presencia de los invasores, quienes permitieron el libre comercio durante su estancia de un año en el puerto. Estados Unidos se movió con rapidez para establecer comercio con la ciudad cuando así se lo permitió España en la década de 1790, y pronto sus navíos dominaron el tráfico marítimo hacia La Habana. Los vínculos entre la isla y la tierra continental de Estados Uni-

* Traducción de Gabriela Montes de Oca V.

dos aumentaron junto con el enorme crecimiento de la industria azucarera cubana posterior a los huracanes gemelos, a mediados de la década de 1840. Las tormentas destruyeron grandes extensiones de árboles de café ya maduros, que fueron reemplazados por caña de azúcar. El desarrollo de la industria azucarera, las instalaciones portuarias y las vías férreas ocasionaron que la colonia se viera "atiborrada de estadounidenses", quienes residían en las ciudades y en las plantaciones en crecimiento.¹

Hacia la década de 1850 había una prominente población de ciudadanos estadounidenses que residían en la colonia española, incluyendo el vicepresidente de Estados Unidos durante la administración de Franklin Pierce, William King, quien fue investido del cargo en su plantación cerca de Matanzas en 1853.² La Habana fue el octavo puerto más activo del mundo en el decenio de 1850, con un arribo anual de cerca de 1 000 navíos estadounidenses.³ Era el puerto extranjero visitado con mayor frecuencia por embarcaciones estadounidenses, y tenía tal influencia que Anthony Trollope comentaba en 1859 que la ciudad "pronto se volvería tan estadounidense como Nueva Orleans". Richard Henry Dana, autor de *Two Years Before the Mast* (1827), registró sus impresiones de la "colonia americana" en *To Cuba and Back: A Vacation Voyage* (1859). Escribió que los estadounidenses, quienes "se dedicaban sobre todo al comercio, la banca o los negocios", se consideraban "residentes", no "ciudadanos" en Cuba. Esta "clase de personas", escribió, impedía

el crecimiento del "patriotismo y la filantropía" en la sociedad cubana, debido a que sólo eran fieles a "la fuerte raíz primaria del interés".⁴ Esto mismo podría afirmarse de las subsiguientes generaciones de expatriados estadounidenses que moldearon la historia de Cuba durante un siglo después de la visita de Dana en 1859.

La guerra de los Diez Años (1868-1878) devastó los intereses azucareros e impulsó un éxodo de cubanos a Florida y a la ciudad de Nueva York, donde establecieron comunidades transnacionales que después compartieron muchos nexos con inversionistas extranjeros en Cuba. A pesar del torbellino, el nivel de inversiones estadounidenses en Cuba alcanzó las decenas de millones en la década de 1880, y fue calculado por el presidente Grover Cleveland en 50 000 000 de dólares, incluso en medio de la violenta revolución que estalló en 1895.⁵ El rudo trato de las autoridades españolas hacia los ciudadanos estadounidenses en La Habana, que se publicó ampliamente, fue una de las razones para declarar la guerra en 1898. Un *causaus bellus* aún más dramático fue el hundimiento del USS Maine en el puerto de La Habana en febrero de 1898, poco después de su llegada para proteger las "vidas y propiedades" de los ciudadanos estadounidenses en la ciudad. Una comisión de la marina de Estados Unidos culpó a España de la explosión, pero de hecho el desastre fue resultado de un incendio de carbón a bordo del buque bélico. Sin embargo, para ese momento la administración del presidente William McKinley estaba decidida

¹ Pérez, *Cuba*, 1990, p. 25.

² Martínez-Fernández, *Törn*, 1994, pp. 58-88.

³ Morrison, *Maritime*, 1979, p. 396.

⁴ Dana, *Cuba*, 1860, pp. 10-11.

⁵ "La opinión del presidente Cleveland de la crisis cubana, diciembre de 1896", incluida en Williams, *Shaping*, 1970, pp. 334-335.

a invadir Cuba, y se aferró al naufragio como pretexto para emprender una acción bélica.

El curso de la historia cubana cambió con la intervención estadounidense en la revolución cubana. La ocupación militar que empezó con la “guerra hispano-estadunidense” aumentó en gran medida el interés de Estados Unidos en Cuba y fortaleció los “vínculos de singular intimidad” solicitados por McKinley en su mensaje del estado de la unión de diciembre de 1899.⁶ A raíz de las ocupaciones militares de 1898-1902 y 1906-1909, la influencia de Estados Unidos aumentó en gran medida en todos los ámbitos de la vida cubana. Entre los aspectos más visibles de la intervención estadounidense en la economía y la sociedad de la república figura la rápida expansión de la “colonia” de expatriados que vivían alrededor de la ciudad capital de La Habana.

Un cuarto de siglo después de la batalla de la colina de San Juan, más de 3 000 ciudadanos estadounidenses habitaban en las inmediaciones de La Habana, incluyendo una gran cantidad de veteranos del ejército de Estados Unidos que se habían retirado al territorio que habían conquistado en 1898. Muchos de sus antiguos compañeros de armas regresaban cada año en buques de vapor fletados desde Florida para recordar el hundimiento del Maine en el aniversario del 15 de febrero, y para marchar por el bulevar de la ribera hasta el monumento que habían financiado con sus aportaciones.⁷ Sin embargo, la mayoría

de los miembros de la “colonia americana” habían llegado a Cuba con la intención de beneficiarse del futuro, no para conmemorar el pasado. Estos empresarios prejuiciosos y exclusivistas buscaban recrear la sociedad y el clima de negocios que habían dejado atrás, además de cómodas instalaciones para la recreación y el roce social donde se hacían los negocios: los clubes sociales.

La importancia política de los clubes sociales de La Habana se remonta a la década de 1849, cuando el Club de La Habana era un punto de reunión para los hacendados criollos cubanos y los expatriados estadounidenses que estaban a favor de la anexión de la colonia española a Estados Unidos. Los miembros del Club de La Habana apoyaban y en ocasiones se unían a las expediciones de filibusteros en contra de Cuba para alcanzar su objetivo, así como posteriormente los miembros del Country Club de La Habana tomarían parte en la invasión a Playa Girón, en Bahía de Cochinos.⁸ El fundador del Country Club de La Habana (CCH), Frederick Snare, fue uno de los dirigentes de la ola de negociantes expatriados de Estados Unidos después de 1898. Le encantaba jugar golf y sentía una especie de impulso misionero por difundir el deporte en América Latina. Era originario de Pensilvania y, después de una carrera en la industria metalúrgica, llegó a Cuba en 1902 y se instaló en La Habana cuando terminó la ocupación de Estados Unidos.

⁶ La frase de McKinley, “vínculos de intimidad singular”, es interpretada más a fondo por Pérez, *Cuba*, 1990.

⁷ Los informes de la embajada de Estados Unidos sobre la celebración anual están incluidos en National

Archives, Washington, D. C. (en adelante NAW), Records Group (en adelante RG) 59, exp. 837.414 M28. Cada año aparecieron otros registros sobre los acontecimientos del Maine en *The Havana Post* y *Diario de la Marina*.

⁸ May, *Southern*, 1989, pp. 24, 29.

Snare estableció una empresa constructora, y durante los siguientes 40 años la Compañía Snare construyó obras portuarias, caminos, almacenes, fábricas y viviendas por toda la capital de la nueva república.

El proyecto de construcción que Snare prefería era el Country Club de La Habana, que su empresa construyó en 1911 junto con un campo de golf de 18 hoyos, una imponente casa club y una urbanización de bienes raíces circundante con mansiones sobre grandes lotes, a diez millas al oeste de la ciudad.

El Country Club de La Habana fue planeado, fundado y desarrollado por el señor Snare, quien lo convirtió en un centro de amistad internacional para los cubanos y los extranjeros por medio de sus propias cualidades personales y su comprensión de la naturaleza humana,

rezaba su obituario en el boletín del club en 1946. Snare fue presidente del club desde la época en que lo construyó hasta su muerte, cuando el segundo presidente del club lo elogió por mejorar

el progreso industrial y comercial de Cuba; la apariencia exterior de la ciudad capital de La Habana; la belleza del distrito residencial: el desarrollo de los deportes entre nosotros, e incluso los atractivos de la vida social que disfrutaba la gente de La Habana.

También construyó instalaciones portuarias en Callao, Perú, así como el Country Club de Lima, ese último como parte de sus esfuerzos internacionales por promover el golf, lo que incluía organizar el primer torneo internacional de veteranos.

El CCH era el punto focal de la “colonia americana” en La Habana, porque ostentaba la membresía más exclusiva de extranjeros distinguidos y cubanos de elite de cualquier jurisdicción social de la ciudad. Todos los diplomáticos de más alto nivel en la ciudad capital recibían membresías automáticamente a una tarifa reducida, y muchas de las familias más opulentas e influyentes de Cuba, tanto nativos como expatriados, pertenecían al club. Algunas de las más importantes de estas personas, tales como los magnates de la construcción, los capitanes de la industria y el propio embajador de Estados Unidos, vivían en el vecino Parque del Country Club, de hermoso paisaje. La urbanización del CCH presentaba una especie de sincretismo topográfico, donde “las características distintivas de los eslabones del golf, producto de climas más templados, se mezclaban armónicamente con el pintoresco escenario tropical”. El éxito de la comunidad, donde los cubanos y los extranjeros distinguidos vivían como vecinos y jugaban juntos en el club que compartían, se debía en parte a la actitud abierta de Snare hacia los profesionales de La Habana.

Casi desde el inicio de su carrera entre nosotros [escribió el nuevo presidente del club, Theodore Johnson, en 1946], el señor Snare decidió emplear técnicos cubanos en su compañía constructora, y un grupo de notables ingenieros cubanos trabajó con él, no sólo en nuestro país sino donde la corporación tuviese alguna edificación importante en proceso.

El “nosotros” al que Johnson se refería era la exclusivista y sectaria “colonia americana” de La Habana y sus amigos cuba-

nos, quienes consideraban a Cuba su propiedad personal o, como el propio Johnson lo expresaba: "nuestro país".⁹

Los miembros de la sociedad expatriada de La Habana también encontraron sitio en algunos de los otros clubes sociales contruidos durante los años siguientes a la intervención y ocupación estadounidense. Muchos de los extranjeros en Cuba contrajeron matrimonio con originarios de la isla y, en el caso de las familias de elite, el matrimonio significaba el ingreso a espacios sociales que solían estar fuera de los límites para cualquiera que no perteneciera a la alta sociedad cubana. La más selecta de estas organizaciones era el Club de Tenis del Prado Vedado, con el Club de Yates La Habana de acceso casi tan difícil para alguien ajeno al alto mundo de la capital. El Country Club y de Yates Biltmore era anfitrión de un grupo más cosmopolita, el cual financiaba competencias de navegación que en invierno atraían a acaudalados visitantes de la costa este de Estados Unidos y, al igual que el CCH, incluía un distrito de bienes raíces. La urbanización Biltmore fue idea de John McEntee Bowman y Charles Francis Flynn, quienes también convirtieron un edificio de oficinas en el Hotel Sevilla-Biltmore y administraron tanto el Jockey Club Americano Habana como la Pista de Carreras del Parque Oriente. Bowman administraba toda la cadena de hoteles Biltmore, incluyendo los de Nueva York y Chicago. También había muchos sitios recreativos para los habitantes de clase

media de los suburbios occidentales de la ciudad, con listas de membresías de expatriados y cubanos en instalaciones como el Club de Yates Comodoro y el Club de Natación Miramar.¹⁰

Lejos de la costa y de los campos de golf, surgieron otros clubes transnacionales, donde se mezclaban cubanos y expatriados. Había clubes de negocios, clubes de servicio, clubes atléticos y el Jockey Club, la mayoría de ellos concentrados en el área del centro. Los clubes más incluyentes de la ciudad estaban en la Casa de la Comunidad, en Marianao, donde las mujeres de la clase media y alta de nacionalidad tanto cubana como extranjera alternaban en diversas organizaciones y actividades. Ésos incluían el Club de las Mujeres, el Club de las Madres, el Peque-

¹⁰ Las caracterizaciones de los clubes sociales incluidas aquí se basan en una amplia variedad de fuentes, incluyendo registros de viajeros tales como Franck, *Roaming*, 1920, y Bradley, *Havana*, 1941; ediciones anuales de dos publicaciones, el *Anglo-American Directory of Cuba* (Imprenta Aldina, Marianao, Cuba, pp. 1956-1960) y el *Libro de oro de la sociedad habanera* (1926-1960); la gran colección de revistas sociales y de clubes de la Biblioteca Nacional José Martí en La Habana: *La Habana Magazine of Cuba* (1929-1930), *La Habana Weekly* (1938-1954), *Havanity* (1941-1942), la revista *Biltmore* (1948-1959); periódicos en microfilm en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., en especial *La Habana Post* (1911-1960) y *Diario de la Marina* (1911-1960); guías turísticas tales como *Welcome to Cuba* (1955-1956), *Guía rápida del Vedado* (1951-1952) y *The Blue Guide to Cuba* (1949); entrevistas con Alejandro García, Berta Álvarez, Armando Delgado y Zeida Sánchez realizadas en La Habana, diciembre de 1995, y con Wayne Smith en Washington D. C., julio de 1997, y los extraordinariamente detallados Informes de Inspección de la Prensa del Servicio Exterior, en NAW, RG 84, exp. La Habana.

⁹ La información sobre la vida de Frederick Snare procede de un número especial del boletín del club publicado como memoria. *El Country Club de La Habana*, boletín núm. 25 y Lista de Socios, 1947, p. 53.

ño Teatro (que aceptaba también hombres), y el Club del Libro y el Dedal (donde una mujer leía en voz alta mientras las demás cocían en una amplia habitación superior de apariencia muy similar a un refectorio, junto con un pequeño balcón para el lector). Una gran variedad de organizaciones religiosas y de caridad también unía a expatriados y a algunos cubanos con objetivos y creencias en común. En 1956, el *Directorio Anglo-Americano* incluía 32 distintos clubes y asociaciones que enrolaban ciudadanos de Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña. Otros colonizadores estadounidenses eran misionarios que llevaban consigo la religión protestante y cuyos esfuerzos por reclutar congregaciones empezaron en las primeras décadas del siglo XX. Construyeron comunidades religiosas que incluían no sólo iglesias, sino también escuelas, clubes e instituciones de caridad, tales como el complejo metodista en Vedado.

Además del establecimiento del territorio de clubes para beneficio de los residentes permanentes de Cuba, tanto extranjeros como nativos, la infraestructura para turismo proliferó durante las décadas siguientes a la masiva penetración de Estados Unidos en 1898. Basil Woon describió el torbellino social de invierno en *When It's Cocktail Time in Cuba*:

La Habana está infestada de turistas y visitantes desde la inauguración de la temporada de carreras, el 9 de diciembre o por esa fecha, hasta la noche de clausura del Casino en marzo. Durante estos meses el Sevilla, el Casino, el Jockey Club, el Almendares, el Club de Yates, el Country Club y el Country Club y de Yates Biltmore no desmerecen ante ningún otro lugar similar del mundo en cuanto a elegancia de moda y diversión.

En un capítulo titulado "A Jug of Rum Beneath a Coconut Tree, A Dinner-Dance, and Thou", un peón para los enclaves turísticos a lo largo de la costa, Woon evocaba un paraíso tropical expatriado:

Imagine, por favor, que es usted propietario de una cabaña estilo misión ubicada en su propio terreno, a unas diez millas al oeste de La Habana. La casa tiene baños, teléfonos, neveras eléctricas y, como cualquier hogar, problemas con la servidumbre.¹¹

Como sugiere este estudio, el perpetuo "problema con la servidumbre", más bien cómodo, incluso hogareño, que todo expatriado de elite esperaba tener en Cuba, llegaría a convertirse en fuente de resentimiento para la clase baja cubana y una provocación para la revolución cubana de 1959.

Los residentes de la "colonia americana" de los alrededores de La Habana aumentaron a alrededor de 3 500 en los años treinta, y a 5 000 a fines de los cincuenta.¹² La composición de la comunidad abarcaba, a lo largo del espectro socioeconómico, desde algunos de los individuos más acaudalados de Cuba hasta humildes empleados de tiendas. Había banqueros, hacendados, médicos, gerentes, agentes de ventas, maestros, jubilados y muchas otras profesiones representadas entre los miles de estadounidenses que habían establecido su residencia en La Habana. Muchos de ellos estaban casados con hombres y mujeres cubanos y conservaban la doble nacionalidad, y a menudo la residencia conjunta, tanto en Florida o Nueva York

¹¹ Woon, *Cocktail*, 1928, p. 88.

¹² Cálculos de los Informes de Inspección del Servicio Exterior.

como en la capital cubana. Las memberships a clubes eran parte de la vida de la gran mayoría de estas personas, que en general pertenecían a varios clubes al mismo tiempo. La "colonia americana" vivía sobre todo en los distritos del oeste de la ciudad; Vedado, Marianao y Miramar. En general, cuanto más al oeste, más exclusiva era la ubicación, aunque una mansión victoriana en Vedado, más cercana a La Habana Vieja, era preferible, según la ley del más fuerte, que un apartamento en Marianao, la siguiente sección hacia el oeste. Pero una propiedad en una de las urbanizaciones del Country Club de Miramar, tan lejos del distrito del puerto que en ocasiones el embajador de Estados Unidos viajaba en helicóptero, figuraba en primer lugar en la lista de los bienes raíces.¹³

Un mapa del desarrollo de bienes raíces llamado Parque del Country Club, adyacente al CCH, a un lado y el Reparto Biltmore al otro, ilustra la mezcla de elites cubana y estadounidense en el oneroso suburbio. El estadounidense Mark Pollack era propietario de un extenso terreno en el Parque del Country Club, donde su vecino a un lado era Enrique Godoy y, al otro, el hacendado Higinio Fanjul y su nieto Harry. Los cuatro hijos de Fanjul también tenían propiedades en el Parque del Country Club. Tres de los hermanos Fanjul se casaron con mujeres estadounidenses, y el cuarto con la hija de José Gómez Mena, dueño del terreno más grande del Parque del Country Club, y también fungía como presidente del Club de Tenis

del Campo de Vedado. Sus vecinos eran Julio Blanco Herrera, el doctor Rafael Nogueira y el millonario estadounidense William D. Pawley, fundador de Cubana de Aviación. Cerca de la propiedad de Gómez Mena, por el Gran Bulevar, vivía el profesor Alberto Fowler y Perriliat, mientras que el hacendado George Fowler y Suárez del Villar ocupaban un excelente sitio donde la Avenida de Entrada cruzaba un riachuelo, a lo largo de la pista del cuarto hoyo en el campo de golf del Country Club La Habana. El vecindario incluía también al menos a un refugiado político. Amadeo Barletta, un negociante de tabaco y automóviles de Italia, había huido del régimen de Rafael Trujillo de República Dominicana en 1935, después de que el dictador lo había encarcelado con cargos espurios de conspiración a fin de apoderarse de sus negocios. El caso de Barletta originó un incidente internacional que no concluyó sino hasta que el dictador italiano Benito Mussolini amenazó con enviar una flota a Santo Domingo para liberarlo.¹⁴ Tras haber caído de pie en La Habana, el señor Barletta vivió al lado de la señora E. K. Hoyt, Óscar Rivero y una de las familias Brandon, que eran intermediarios textiles.¹⁵

Alberto Mendoza era el principal urbanista tanto del Parque del Country Club como del Reparto Biltmore. Su hijo Óscar Mendoza era presidente del Club de Yates Habana Biltmore y estaba casado con una mujer perteneciente a la adinerada familia Mc Cormick de Estados Unidos. Otros empresarios de bienes raíces

¹³ Entrevista con Alejandro García, realizada por el autor, el 11 de diciembre de 1995 en la ciudad de La Habana, Cuba.

¹⁴ Roorda, *Dictator*, 1998, pp. 122-126.

¹⁵ Mapa del parque del Country Club, sin fecha, Biblioteca José Martí, La Habana, Cuba.

pertenecían al Country Club La Habana, como José y Pedro Grau Triana, abogado y doctor respectivamente, quienes eran también constructores del Club Residencial Miramar. La esposa de Pedro era Mimi Bacardí, de la familia dedicada a la destilación del ron, cuyos miembros también pertenecían al CCH. El socio de los Grau Triana en la empresa de Miramar era otro miembro del club, Pedro Álvarez de Cañas, columnista de sociales y editor del catálogo de privilegio, el *Libro de oro de la sociedad habanera*.

Había una amplia interacción entre los miembros expatriados de los clubes del distrito occidental y los cubanos ricos de la "sociedad anfitriona". Aproximadamente cuatro quintas partes de la membresía cubana del Country Club de La Habana estaban incluidas en las listas del *Libro de oro*. Algunos ejemplos del boletín del club de 1946 eran Luis Bacardí, vicepresidente de la Compañía Ron Bacardí; Antonio Beruff Mendieta, ex presidente del senado cubano; el doctor Raúl Cárdenas y Echarte, vicepresidente de Cuba, cuyo hermano hacendado Silvio y dos de sus cuñados también eran miembros del club; Guillermo Carreras, administrador del Chase National Bank; el senador hacendado José Casanova y el senador Eduardo "Eddy" Chibás, "líder prestigioso y dinámico del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)", según el texto de su fotografía en el *Libro de oro*.

Algunos clubes, como el Club de Yates La Habana, excluían a todos los extranjeros salvo a quienes por matrimonio habían emparentado con un linaje de sangre azul, pero había muchos individuos en esa categoría. De hecho, los registros del club y los directorios de la colonia documentan una amplia difusión de matri-

monios mixtos entre locales y extranjeros. Estas parejas formaban un subgrupo dentro de la "colonia americana", la cual representaba una mezcla de ambas culturas. Algunos ejemplos del *Directorio Anglo-americano* de 1956 demuestran un amplio rango de sus actividades sociales. El gerente de General Sugar Estates, Maurice Adams, registrado como "Mauricio" en el *Libro de oro*, contrajo matrimonio con la cubana Rosita Barraqué. Esta próspera pareja transnacional pertenecía al Country Club de La Habana, al Club de Yates de la Habana y al Habana Biltmore. Carl Beaman, presidente de una compañía de químicos, y su esposa Fabiola de Arriba eran miembros del Country Club de La Habana y residían en Miramar. El gerente y propietario de la Central San Isidro, Gustavo Beguiristain y su esposa Claire Higgins, tenían residencias en Las Villas y en Miramar, y frecuentaban los clubes del Habana Biltmore y el Club de Yates Miramar. Además de vivir en el *penthouse* de un famoso edificio en el Malecón, el contratista Carlos Govea y su esposa estadounidense Olive pasaban su tiempo libre en el Country Club de La Habana, mientras que Olive se encontraba con mujeres cubanas en las reuniones del Liceo Vedado y en los clubes de orquídeas y jardines. El importador de automóviles Chrysler y Plymouth, Walter Hartman, se casó con Georgina Portela e ingresó al Club Americano, al Country Club de La Habana y al Habana Biltmore. El fabricante de rayón James Hedges y su compañera Elena Montalvo tenían membresías en el exclusivo Club de Yates La Habana, en el Country Club La Habana, en el Habana Biltmore y en el Club Americano. Sus hijos, naturalizados como ciudadanos cubanos, se unieron en matri-

monio con jóvenes estadounidenses, una de las cuales también se naturalizó. Vivían en el Parque del Country Club e ingresaron a clubes por toda la ciudad, incluyendo los mismos que sus padres, pero también al Rotario, al Rovers, al Internacional, al de Tenis del Campo Vedado, al de Mujeres y al Club Náutico de Miramar. Frank Steinhart, ex cónsul general de Estados Unidos y director de la compañía ferroviaria eléctrica de La Habana, y su segunda esposa, Olga Rey Morán, también dividían su atención entre el Club de Yates La Habana y el Country Club, entre otros. Una de las parejas mixtas más notorias de la ciudad debió haber sido el del doctor Julio Bryon y Castro, un abogado, y de Twyla Ovetta Snella, profesora de la Universidad de La Habana y maestra en la Academia Ruston, a donde asistían muchos de los hijos de expatriados, pero sólo pertenecían a la Casa de España y al Club de Madres.

Al escribir sobre Perú en 1920, José Carlos Mariátegui analizaba la dinámica de raza, clase y nacionalismo que convertían ese tipo de uniones mixtas en fuente de fricciones en Lima. Su crítica se aplica también a La Habana, donde operaban los mismos factores:

La burguesía de Lima fraterniza con los capitalistas norteamericanos, incluso con los simples empleados de sus compañías, en el Country Club, el club de tenis y en las calles. El estadounidense se casa con una chica criolla cruzando las líneas de raza y religión y ella no siente ningún escrúpulo de lealtad nacionalista o cultural al preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Lo mismo vale para las clases medias. La linda coqueta que puede embaucar a un empleado estadounidense de la Compañía Grace

lo hace con la satisfacción de quien sabe que con ello está mejorando su condición social.¹⁶

La imagen de la “colonia americana” en Cuba fue proyectada por las revistas de sociedad que aparecían para cubrir el “alto mundo”, o la alta sociedad de las familias de elite cubanas. Las publicaciones periódicas como *Havanity*, *Bohemia*, *Vanidades*, *Carteles* y *Gente* incluían relatos y fotos tanto de las elites cubanas como de las de expatriados, e ilustraba su parentesco social y cultural. Las “páginas de sociales” del *Diario de la Marina* y *The Havana Post* se sumaban a esta cobertura de la prensa. Por ejemplo, al conseguir toda una página para sí misma, la hija de una de las prominentes familias estadounidenses en La Habana, los McGovern, encontró su fotografía con el título de “Glamour” en una de las publicaciones de sociedad, junto con este pie de foto: “Una de las jóvenes más distinguidas de la colonia americana, ha residido con nosotros desde que era una niña pequeña y ahora brilla en los salones con su elegancia, belleza y distinción.”¹⁷ La prensa de sociedad mostró esta autoimagen de opulencia a sus lectores, quienes se buscaban a sí mismos y a sus amigos en las páginas de las revistas de toda la ciudad, así como en los atractivos boletines mensuales de los clubes. Como veremos, la imagen de estos acudados expatriados era diferente para los cubanos pobres, quienes les servían la mesa, les cargaban los palos de golf, tocaban música para bailar y otras tareas centrales para el circuito de las fiestas.

¹⁶ José Carlos Mariátegui, “An Anti-Imperialist View”, extracto de Stara, *Perú*, 1995, pp. 229-233.

¹⁷ *Havanity*, 27 de julio de 1941.

FIN DE SEMANA EN LA HABANA: EL TURISMO Y SUS DETRACTORES

La imagen de la “colonia americana” en el extranjero estaba conformada por la idea romántica y rutilante de la propia Habana. Carmen Miranda cantaba la canción tema de *Fin de semana en La Habana* en 1941, lo que tentaba a los estadounidenses comunes a emular a los opulentos habitantes de la tierra de clubes de La Habana:

¿Te gustaría pasar un fin de semana en La Habana?
Donde la brisa toca la playa caribeña...
Puedes regresar a la oficina el lunes,
¡Pero ya nunca volverás a ser el mismo!¹⁸

De hecho, la cultura popular abundaba en referencias tentadoras a Cuba, lo que impulsó un gran incremento del turismo a Cuba y un estímulo para la infraestructura del placer.

También fue importante para la cercanía entre cubanos y estadounidenses la creciente frecuencia y conveniencia del servicio del barco de vapor. Al iniciarse el siglo, los pasajeros hacia Cuba tenían muchas opciones. Mientras la Compañía de Barcos de Vapor Ward y la Línea Munson dominaban el tráfico a Estados Unidos, estaban también la Compañía de Barcos de Vapor Peninsular y Occidental, la Línea Morgan/Pacífico Sur, la “Línea Española” y diversos vapores costeros que daban servicio en la periferia de La Habana.¹⁹ Durante los años veinte, cuando tuvo un auge el turismo estadounidense, había 20 vapores y 20 transbordadores que conectaban La Habana con Nueva

York, Nueva Orleans, Key West y Jacksonville, Florida.²⁰ La época de la Prohibición en Estados Unidos contribuyó a aumentar la inundación de turistas en Cuba, quienes viajaban al sur para satisfacer su gusto por el ron. En 1920 el “baile de los millones” en Cuba también estimuló la llegada de estadounidenses después del envío de dinero a Cuba, cuando tras la gran guerra mundial hubo en el mundo una gran demanda de azúcar y los precios alcanzaron alturas históricas. Durante ese año memorable y lucrativo, Cuba proveyó 14% de todas las importaciones de Estados Unidos.²¹

La United Fruit Company se benefició de esta alza en las ventas de azúcar, operando su “Gran Flota Blanca” de buques de vapor hacia las plantaciones de azúcar cubanas y hacia las de plátano en Jamaica y Centroamérica. Pero United Fruit dependía de los visitantes a La Habana para casi todos sus negocios relacionados con el sur.²² Las conexiones del barco de vapor a La Habana resistieron el inicio de la Gran Depresión en 1929; incluso permitían que los pasajeros llevaran consigo sus automóviles. En un capítulo de su libro de 1931, *Cuba Today*, titulado “Viaje a Cuba con su auto”, el escritor especializado en viajes, Hyatt Verrill, recomendaba esta estrategia a los visitantes potenciales. Verrill informaba que el Club Automotriz de La Habana había gestionado para autorizar la entrada de autos propiedad de extranjeros sin un “centavo de gastos” en impuestos o tarifas cubanas. Las compañías de buques de vapor lo facilitaban:

²⁰ Pérez, *Cuba*, 1990, pp. 140-141.

²¹ Estadísticas compiladas de *Foreign Commerce and Navigation*, 1890.

²² Pedraja, *Rise*, 1992, pp. 38-41.

¹⁸ *Weekend in Havana*, película, 1941.

¹⁹ Norton, *Norton's*, 1900, pp. 182-185.

Si se viaja por barco desde Nueva York sólo es necesario conducir el auto hasta la Línea Ward, registrarlo como exceso de equipaje y pagar el cargo, y el automóvil acompañará a su propietario hasta La Habana, donde se descargará en el muelle para cuando el equipaje del pasajero haya pasado por el control aduanal. Si se prefiere, se puede conducir hacia el sur, a Miami o incluso a Key West y ahí embarcar el automóvil en cualquiera de los barcos de La Habana.²³

Los competidores en el negocio de los buques de vapor contendían entre sí por los pasajeros y con el servicio aéreo en rápida expansión proporcionado por Pan American Airways, que vinculaban a La Habana con Key West con su primer vuelo en 1927. Los anuncios publicitarios del barco de vapor celebraron la facilidad y la conveniencia de viajar por mar de Cuba a Estados Unidos. La línea Munson de Nueva York, que daba servicio vía Miami y Nassau, contaba con "excursiones en el atractivo y popular vapor Munargo", que ofrecía "los adelantos más modernos para la comodidad de los pasajeros" por un viaje redondo de 110 dólares a Nueva York y 25 a Miami.²⁴ La línea Ward replicaba que sus barcos eran "¡más veloces, más seguros y más eficientes!"²⁵ Las aseveraciones sobre seguridad eran una preocupación intensa después del desastre del Castillo del Morro de 1934, cuando un barco de vapor de la ruta La Habana-Nueva York se incendió en Nueva Jersey.

²³ Verril, *Cuba*, 1931, pp. 62-63.

²⁴ Anuncios publicitarios de la revista *Havanity*, 1941.

²⁵ *Anglo-American Directory of Cuba 1956-1957*, 1956.

Había un traslape considerable entre la industria turística y la comunidad de expatriados, aunque sólo la élite lograba el ingreso inmediato al CCH y a los otros "cinco grandes" country clubes de yates. Pero los vacacionistas, los residentes de temporada y los incondicionales de todo el año de la "colonia americana" cruzaban sus caminos en el hotel Sevilla-Biltmore; en la pista de carreras; en los clubes nocturnos como el Tropicana; en el estadio de beisbol y en el *beer garden* en los vastos terrenos de la cervecería de La Tropicana, y en diversos sitios. El memorable hotel Nacional, con su casino y su cabaret, era una parada famosa en el circuito de la "colonia americana". Ubicado en una elevación sobre la costa, la torre blindada del hotel todavía domina vistas arrolladoras del mar y de los barrios occidentales de la ciudad. Una fortaleza elegante, El Nacional fue escena de un tiroteo decisivo durante la revolución de 1933, cuando los militares cubanos se resguardaron en las habitaciones del piso superior para responder el fuego de las fuerzas de vanguardia de la "revuelta del sargento". En esa ocasión, el embajador de Estados Unidos se tuvo que agazapar para protegerse en el vestíbulo ornamentado. Las secuelas de la revolución, que llevaron al poder a Fulgencio Batista, no sólo dejaron al Nacional convertido en ruinas agujereadas por las balas, también representaron otros problemas para la "colonia americana". El *Havana Post* y la compañía eléctrica fueron expropiados por los propios empleados, lo que originó resentimiento entre quienes perdieron sus empleos y propiedades como consecuencia. La ex editora del *Post*, publicado en inglés, Clara Park Pessino, guardó rencor contra los estadounidenses que trabajaban para el

periódico después de que fue tomado por los trabajadores cubanos. Años después acusó a uno de ellos, William Wieland, quien había llegado a convertirse en un diplomático en La Habana, de conspirar con Castro.²⁶ Otro cambio que introdujo Batista fue el tono de las ceremonias del Maine, que dejaron de ser una celebración de la proeza militar estadounidense para convertirse en un desfile de símbolos nacionalistas cubanos.²⁷

Al igual que muchos otros alojamientos frecuentados por estadounidenses, el hotel Nacional adoptó una política de segregación después de la segunda guerra mundial. Incluso a la artista de fama mundial Josephine Baker se le negó el acceso cuando visitó La Habana en 1951. La controversia que suscitó esta posición es palpable en el siguiente texto de Nicolás Guillén:

¿Qué había ocurrido? Tan sólo un suceso ahora común en la sociología de los estadounidenses de pura sangre europea. El espléndido hotel Nacional se rehusaba a hospedar a la gran artista debido al color de su piel. Desde luego que tenían habitaciones disponibles. ¿Pero qué excusa le habría ofrecido la gerencia a los estadounidenses rubios —que no soportan estar cerca de la “gente de color” en su propia tierra— cuando se vieran obligados a comer en el mismo salón que esa criatura inmundada aquí en La Habana?

²⁶ Memorandum “Conflicts in testimony of Wieland as opposed to Mrs. Pessino”, sin fecha ni firma, NAW, RG 46, exps. del Subcomité del Senado sobre Seguridad Interna, 1a. serie, exp. William Wieland, caja 117.

²⁷ Informes de la embajada de Estados Unidos, de los acontecimientos del Maine de 1937-1939, NAW, exp. 837.414 M 28, RG 59.

Claro que la prolífica tribu de Smiths que infesta esta exclusiva mansión, de vez en cuando produce un caballero inesperado, un lord improvisado que se suena las narices con una servilleta de tela o que se empuja un tenedor repleto de arroz por la boca como un fakir doméstico. Pero la blancura de su piel es indudable: de un blanco ligeramente rosado, similar al de algunos tumores a punto de ser abiertos por un cirujano; sus ojos nadan en un agua azulosa: el cabello, pegado al cráneo, recorre toda la gama de amarillos, desde el trigo crudo hasta la disentería.

Así pues, la señora Baker y su esposo dejaron el hotel y se marcharon a ocupar una habitación en otro hotel, más modesto, donde la Constitución cubana les ofrecía más garantías. ¿Qué más podían pedir? Como sucede con la ficción de la ley internacional, según la cual las embajadas son extensiones del país al que pertenecen, así aquí hay muchos lugares donde nuestras leyes no valen ni el papel en que están escritas. El hotel Nacional, por ejemplo, es territorio yanqui. En La Habana pasa por un segmento de Virginia o Georgia, sitios donde ser negro es apenas una forma humanizada de ser un perro. Habiendo dicho lo cual, seamos justos: debe señalarse que en ningún momento la señora Baker corrió el riesgo de ser linchada como habría ocurrido en Richmond o en Atlanta.²⁸

En la década de 1950 la construcción de hoteles nuevos cambió el núcleo del hospedaje turístico del área del centro a Vedado, coronado por el Hilton de La Habana. La elevada construcción sustituyó al envejecido Nacional como el prin-

²⁸ Nicolás Guillén, “Josephine Baker en Cuba”, publicado originalmente en 1950, en Stavans, *Oxford*, 1997, p. 178.

cipal alojamiento de la ciudad cuando se inauguró en 1958.²⁹

La imagen de los turistas estadounidenses en Cuba proyectada en el extranjero estaba personificada por Alice Faye, la protagonista de espectáculos del cine del Buen Vecino, como *That Night in Rio* (1941) y *The Gang's All Here* (1943), en el papel de Nan Spencer, cuya epifanía cubana fue el tema de *Weekend in Havana* (1941). En esa película, la secretaria Nan cruza desde el frío Manhattan hasta la balsámica Habana en un vapor tipo Línea Ward, se hospeda en un hotel tipo el Sevilla Biltmore, gana dinero en un casino tipo el Casino Español y se enamora en un club nocturno tipo Tropicana. Es la turista perfecta: afable, educada, respetuosa y pintoresca. En contraste, el "horrible estadounidense" encontraba su ideal platónico en Cuba, un personaje repugnante que ensombrecía a la Cuba prerrevolucionaria. Harry Morgan, el personaje de Key West de Ernest Hemingway en *Tener y no tener* (1937), representaba a este cliente de prostitutas e intruso en la cultura cubana, arrogante, ebrio, violento y racista. En un momento revelador de esa novela terrible, Morgan, sin mediar provocación alguna, tira el sombrero de la cabeza a un hombre negro que caminaba por la plaza central, luego arroja el sombrero al intenso tráfico de taxis, donde de inmediato lo aplastan. Esto impresiona y excita a su novia oxigenada, quien como Alice Faye pierde la cabeza en La Habana por un sombrío petimetre. Pero Alice queda prendada de uno de esos cubanos morenos y guapos, mientras que el héroe de Hemingway los golpea.³⁰

²⁹ Skwiot, "Itinerarios", 2001, pp. 78-141.

³⁰ Hemingway, *Have*, 1937.

Harry Morgan se ganaba la vida con el contrabando de ron e inmigrantes chinos, pero era un delincuente de poca monta en comparación con los gángsters que dominaban las industrias del licor ilegal y del juego de apuestas en Estados Unidos durante la época de la Prohibición. También en La Habana se estableció firmemente el crimen organizado con la operación de cabarets, hoteles y casinos.³¹ Algunos de los más renombrados eran El Capri y El Plaza. Los sindicatos del crimen, como la pandilla de Mayer Lansky, repartían sus ganancias con el régimen de Batista para desarrollar estos establecimientos, que atraían a los turistas estadounidenses.

La mayoría de los turistas encajan en alguna parte entre los extremos de comportamiento representados por la Nan de Alice Faye y el Morgan de Hemingway. Una turista promedio llamada Adele escribió una tarjeta postal expresando ese término medio en cuanto a sentimientos. En el reverso de la fotografía de un centro turístico para bañistas similar a un castillo, en La Playa, le escribía a su amiga de Connecticut: "Estoy segura de que te gustaría La Habana". Además de las típicas actividades turísticas como asistir a la pista de carreras o a pasear por el campo, Adele también elogiaba las flores baratas, mencionando que las floristas vendían "grandes ramos" por "cualquier moneda que quiera dárseles".³² Estas palabras insinúan una especie de condescendencia

³¹ Cirules, *Imperio*, 1999.

³² Tarjeta postal de "La Playa, La Habana, Cuba: Uno de los mejores centros turísticos para nadar, tanto en invierno como en verano", de Adele a Marguerite M. Walter, New Haven, Connecticut, sin fecha, colección del autor.

avarienta por parte de los estadounidenses que inundan la isla, una actitud que habría de alejar a muchos cubanos de estos visitantes.

En el fondo de la escala turística social estaban los grupos de marineros uniformados e infantes de marina “libres” en tierra. Además de su mala reputación por beber en exceso, estos uniformados se unían a los turistas más libidinosos en los amplios servicios para observar y participar en actividades sexuales que proliferaban en la zona roja. Famosos abrevaderos como La Floridita y Sloopy Joe, ambos asociados con el más famoso expatriado de todos, Ernest Hemingway, contribuyeron a la reputación de La Habana como centro de corrupción y vicio. La asombrosa serie de servicios sexuales fácilmente disponible por un pago en La Habana tentaban a muchos turistas desde el frío norte hasta el cálido sur, y tiñó profundamente su reputación en casa y en ultramar. La Habana “es caliente, es ‘húmeda’, y, a su manera fácil y tropical, está totalmente abierta”, expresó emotivamente un escritor en una revista en 1928, quien expresó en palabras una actitud libertina que habría de persistir a lo largo de los años cincuenta.³³ También famosos visitantes, como el futuro presidente, el senador John F. Kennedy, según la opinión pública, participaban hasta el agotamiento en recreaciones sexuales.³⁴ El teatro Shanggai, en el distrito portuario, exhibía el bestial “show del perro y el pony”, que resumía la industria de la pornografía en

vivo en la ciudad.³⁵ Durante su dudoso apogeo, desde los años veinte hasta la revolución de 1959, La Habana figuraba, junto con San Francisco, Ámsterdam y Hong Kong, entre las ciudades famosas para los marineros por sus aventuras y espectáculos sexuales.³⁶

Esta vergonzosa distinción profundizó el resentimiento de los nacionalistas cubanos, quienes veían cómo se vendía toda su nación, no sólo los cuerpos de muchos de sus hombres y mujeres, y culpaban de ello a la presencia de extranjeros en el país. Pero muchos de estos extranjeros no podían contenerse. Tal vez había algo en el aire y en la cultura, además de la fácil disponibilidad de experimentación y satisfacción en La Habana, que hacía que algunos estadounidenses parecieran buscar unirse a cualquier criatura viviente, en cualquier orificio. Ese escandaloso aspecto de La Habana penetró incluso en la “colonía americana” y, de hecho, como se verá, algunos de esos yanquis lujuriosos eran embajadores.

DIPLOMACIA Y ALTA SOCIEDAD

Los embajadores pertenecían al Country Club La Habana, donde tenían membresías honorarias. A mediados de los años veinte, cuando el número de miembros era de alrededor de 1 500, en los registros había quince diplomáticos, la mayoría de nivel de embajador. Veinte años después, aunque la membresía al CCH se redujo a 1 100 durante la segunda guerra mundial, la cantidad de diplomáticos que eran

³³ Bruce Blevin, “And Cuba for the Winter”, *New Republic*, febrero de 1928, pp. 61-65, citado en Skwiot, “Itinerarios”, 2001.

³⁴ Paterson, *Contesting*, 1995, p. 52.

³⁵ Stone, “Habana”, 1992, pp. 36-45.

³⁶ Hugill, *Sailortown*, 1967.

bienvenidos se duplicó. Alimentar la relación con cubanos importantes mediante contactos informales tales como eventos de clubes facilitaba la tarea de esos diplomáticos, quienes ofrecían sus propias fiestas en las sedes de sus embajadas o legaciones.³⁷

“El cuerpo diplomático” estaba en la mira social de la prensa también. Las revistas daban notoriedad a mujeres glamorosas “de nuestro mundo diplomático” al publicar fotografías formales de ellas vestidas de largo, sentadas con elegantes escenarios de fondo y con pies de fotos como el que describía a la esposa del ministro de Perú, “quien reside entre nosotros desde hace un tiempo”, como una mujer que había “conquistado muchas amistades sinceras en nuestro gran mundo con su belleza, espiritualidad y cultura”.³⁸ Dado que el principio básico de la diplomacia es “conquistar amistades” entre las personas influyentes en la sociedad anfitriona y con otros representantes internacionales, las membresías y las actividades en los clubes eran esenciales para que aquella funcionara de la manera más eficiente.

La tierra de los clubes era también el mejor sitio para obtener información. En su premonitoria novela y guión cinematográfico *Our Man in Havana* (1959), Graham Greene retrataba la vida de un vendedor de aspiradoras inglés repatriado que había sido reclutado como espía para el servicio de inteligencia británico.³⁹ Su primera acción es ingresar al CCH, lo que antes le impedía su posición social y sus

medios financieros como vendedor al desnudo, pero que se vuelve posible con el financiamiento de sus jefes. Como antiguo residente de La Habana, el señor Wormold sabe que las valiosas relaciones que espera cultivar se encontrarán en el directorio de membresía del club. En su primera visita trata de entablar amistad con dos miembros cubanos, un ingeniero y un piloto militar, pero bebe demasiados cocktails en la terraza; luego sigue a uno de sus “objetivos” al sanitario para abordarlo. La táctica se le revierte al achispado Wormold cuando el hombre a quien está tratando de reclutar como espía confunde su propuesta con una proposición homosexual. Este intento fallido indica dos trampas que debían evitar los diplomáticos en tierra de los clubes: emborracharse demasiado y ganarse la reputación de gays.

En los años treinta dos embajadores en Cuba se enfrentaron a rumores semejantes sobre sus preferencias sexuales. Durante el ejercicio de su cargo en La Habana en 1933, Summer Welles ocultó su homosexualidad, pero fue “descubierto” por un incidente en un tren en Estados Unidos en 1943.⁴⁰ La difusión de su atracción por jóvenes negros dio la vuelta y amenazó a los diplomáticos estadounidenses asignados a Cuba cuando Fidel Castro asumió el poder.⁴¹ El sucesor de Welles, Jefferson Caffery, fue objeto de una insinuación maliciosa cuando era embajador (y miembro del CCH). Una mujer escribió a Welles quejándose del comportamiento de Caffery y del de un

³⁷ Estadísticas derivadas del análisis de los boletines del Country Club de La Habana, 1922-1931 y 1938-1959.

³⁸ *Havanity*, 18 de mayo de 1941, p. 9.

³⁹ Greene, *Our*, 1954 y película filmada en 1960.

⁴⁰ Gellman, *Secret*, 1995.

⁴¹ La insinuación homófoba se amplía en los expedientes del Subcomité del Senado sobre Seguridad Interna, NAW, exp. William Wieland, 1a. serie, cajas 116-117, y RG 46, exps. Country, Cuba, cajas 14-15.

cónsul estadounidense en Cuba, cuyo nombre no se menciona:

Fue un gran infortunio para el pueblo cubano [...] el día en que nos enviaron a la "señora" Caffery. Es un insulto para los cubanos y también una desgracia para un país tan grandioso como Estados Unidos [...] Él no sólo vive con la "señora" Dickson, su secretario privado, sino que está profundamente enamorado de Fulgencio Batista. ¿Qué piensa usted de eso? Es vergonzosa la manera en que se toman de la mano bajo la mesa durante las comidas de la diplomacia. En Matanzas, el cónsul estadounidense vive con un soldado. Fácilmente puede descubrir que todo lo que digo es verdad, pues está en boca de toda la ciudad. El cónsul viste como mujer y el soldado es el novio. ¡Por Dios Santo ¿qué sucede?!⁴²

La mujer añadió además recortes de periódico repletos de las insinuaciones sobre Caffery, incluyendo una que lo tacha de "jinete", el apelativo en la jerga cubana para designar a una prostituta. Las implicaciones de homofobia como elemento de anticomunismo macartista, que provenían de los lujuriosos y pacíficos días de La Habana anterior a Castro, llegaron a pesar en las audiencias sobre la "pérdida de Cuba" del Senado de Estados Unidos desde 1959 hasta 1965. La sombra del amanerado Summer Welles, ya fallecido, se proyectó durante todos estos procesos y el escándalo resultante en el Departamento de Estado.

⁴² Carta de María Teresa García a Summer Welles, Vedado, 26 de abril de 1934, Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Summer Welles Papers, caja 176.

DECONSTRUYENDO EL TERRITORIO DE CLUBES

La poderosa posición de la "colonía americana" en la sociedad y la economía cubanas habría provocado resentimientos en las masas de la nación aun cuando los estadounidenses no se hubiesen comportado tan mal ni hubiesen manifestado una actitud tan arrogante y condescendiente hacia el común de los cubanos. Pero lo hicieron y eso agravó la situación, lo que ayudó a lanzar al país hacia una revolución dirigida contra la clase de los cubanos que compartían los campos de golf y las mesas de juego con los intrusos yanquis. El objetivo principal del levantamiento fue Fulgencio Batista, quien era la antítesis de los cubanos de sangre azul y del libro de oro que pertenecían al CCH cuando él tomó el poder con la revolución de 1933. El club lo rechazó durante el resto de la década, negándole la membresía porque era un plebeyo de apariencia indígena que había sido oficial no comisionado en el ejército. Batista no desafió este rechazo sino hasta que tomó el control total en un golpe de Estado en 1952, después de un distanciamiento del poder político que había durado ocho años. Al regresar, Batista obligó al CCH a aceptarlo como socio, aunque casi nunca atendía funciones ahí. Su esposa Martha Fernández Miranda, por otra parte, se convirtió en asidua jugadora en las mesas de canasta.⁴³

Para la época en que Batista desarrolló completamente su dictadura, en los años

⁴³ Información extraída de los boletines del CCH y entrevista con Armando Delgado, jefe de meseros del club y secretario del Sindicato de Trabajadores Gastronómicos durante los años cincuenta, Marianao, Cuba, 20 de diciembre de 1995.

cincuenta, ya había una ola de resentimientos que se alzaba contra el CCH y otros clubes de elite de Marianao, empezando por sus propios empleados. Tan sólo el CCH empleaba casi 300 meseros, cocineros, doncellas, lavaplatos, chicos en la piscina, guardianes y caddies. Estos trabajadores se sentían agraviados y empezaron a oponerse al trato mezquino de que eran objeto en su lugar de trabajo.

La primera muestra de sentimientos de venganza se originó en la escuela para caddies establecida en el CCH en los años veinte, que el club calificaba de ejemplo del “espíritu iluminado de progreso y justicia” de Frederick Snare. La escuela obtuvo la acreditación completa del Departamento de Instrucción Pública después de una visita del superintendente de Escuelas, y el *Golf Illustrated* presentó la escuela de caddies como “uno de los tres artículos sobresalientes acerca del golf en el año” seleccionado por el editor en 1926.⁴⁴ A pesar de ofrecer un premio para el caddie más destacado y recompensas en efectivo por el mejor comportamiento, los problemas de “disciplina” ocasionaron que algunos de los caddies fueran expulsados de la escuela y despedidos de sus empleos. Sin embargo, puede encontrarse una causa más profunda de su remoción en las actas publicadas del consejo del CCH, que revelan el descontento de los directores con la composición racial de los portadores de palos. En consecuencia, el consejo adoptó la política de reducir la cantidad de hombres negros y aumentar la de blancos o mulatos de piel clara. Algunos de esos caddies de piel más oscura que fueron retirados de su trabajo regresaban por la noche a cometer actos de vandalismo en el

campo de golf y a hurtar las pelotas de golf. Cuando los atraparon, el juez de Marianao los sentenció a un mes de prisión.⁴⁵

La membresía del CCH pudo haber decaído al bronceño Batista hasta el momento en que dejó el poder en 1944, pero las políticas favorables a los trabajadores que instauró su sucesor, Ramón Grau San Martín, presidente de 1944 a 1948, debieron haber hecho que extrañaran a Fulgencio más de lo que se imaginaban. La administración de Grau fomentó la creación de sindicatos, algunos de los cuales desafiaron la cómoda forma de vida de la “colonia americana”. El más peligroso para los intereses de la tierra de los clubes fue la formación del Sindicato de Trabajadores Gastronómicos, que empezó organizando a los cocineros y a los meseros en 1943, y recibió el apoyo de Grau, quien ordenó alzas salariales para ellos. Los Cinco Grandes de Marianao (CCH, Club de Yates de La Habana, el Habana Biltmore, el Club de Yates Miramar y el Casino Español) formaron su propio sindicato, el Sindicato Patronal, para contrarrestar las exigencias de los empleados del comedor. Los trabajadores respondieron con dilaciones en la cocina y el restaurant, con los meseros dando pasos de jicotea al llevar los alimentos y las bebidas. El punto culminante de la disputa ocurrió durante la temporada vacacional de 1946, cuando los clubes cancelaron sus celebraciones de Navidad y Año Nuevo antes que acceder a las demandas de los empleados. La posición inflexible del club derrumbó al sindicato, pero ciertamente aumentó la hostilidad de sus afiliados y de toda la comunidad de la clase trabajadora.⁴⁶

⁴⁴ Boletines del CCH de 1927.

⁴⁵ *Ibid.*, de 1927 y 1929.

⁴⁶ *Ibid.*, de 1946 y 1947, entrevista de Delgado.

Otra nueva organización con resentimientos contra los Cinco Grandes era el Sindicato de Músicos, que incluía a los ejecutantes de orquestas grandes encargados de tocar música para bailar por lo menos una vez por semana en cada club. Estaban molestos por no recibir regalías cuando sus canciones originales se interpretaban en los clubes, y querían tarifas más elevadas por sus contratos. Una vez más, los cinco clubes principales actuaron en conjunto, retrasando el asunto de los pagos en las cortes y rehusándose a elevar las tarifas por tocar en fiestas. Los músicos, al igual que los trabajadores de los alimentos, se enfrentaron con la pérdida de sus medios de subsistencia en un mercado de trabajo competitivo y se rindieron.⁴⁷

Incluso los jugadores de beisbol intentaron organizarse en contra del dominio que ejercían sobre ellos las Ligas Mayores de Estados Unidos, que vetaban a los jugadores que seguían carreras en los circuitos profesionales mexicanos y cubanos. Su rebelión laboral también fue sofocada en 1946, como la de los músicos, los cocineros y los meseros. El beisbol cubano fue bloqueado como una liga menor para "las Mayores", confinadas por definición al suelo estadounidense, hasta que Castro tomó el poder y abolió por completo los deportes profesionales.⁴⁸

El tipo de resentimiento que inundaba las relaciones entre los socios y los trabajadores del CCH también bullía en otro de los proyectos predilectos de Frederick Snare, el Country Club de Lima. En su novela *Un mundo para Julius* (1969), Alfredo Bryce Echenique describe las mismas circunstancias en el CCL que hicieron

del CCH un campo de juegos para los manipuladores transnacionales, con la misma casta de locales adinerados y diplomáticos extranjeros bebiendo, nadando y jugando al golf día tras día. Pero también detalla la tensión en el comedor y en el campo de golf, así como el "odio" que se percibe emanando de los "insignificantes mozos aduladores", y el comportamiento "autoritario" hacia los caddies que se esperaba de los socios. Su descripción del medio social del CCL, con su mezcla de opulencia y desasosiego, también evoca el antagonismo de clase manifiesto en la tierra de clubes de La Habana, mientras la revolución cubana ganaba fuerza.

Los golfistas y sus mujeres iban entrando al comedor; aparecían bronceados, elegantemente bronceados, y se les notaba ágiles y en excelente situación económica [...] Con los aperitivos se recuperaba el equilibrio, salía a flote el comedor y, mirando por los ventanales al campo, era como navegar sobre un mar verde, un viaje de placer por un océano que desgraciadamente tenía sus límites: todo el alto cerco alrededor del Club, para que no se metieran los palomillas a robarse las pelotitas.⁴⁹

CASTRO LLEGA A LA HABANA: EL FIN DE LA "COLONIA AMERICANA"

El final no llegó de inmediato cuando Castro bajó de las montañas y entró en La Habana pisándole los talones al fugitivo Batista en enero de 1959. El CCH esperaba salvarse y actuó rápidamente para ganarse el favor del nuevo dirigente. El consejo

⁴⁷ *Ibid.*, de 1946 y 1947.

⁴⁸ González Echevarría, *Pride*, 1999, pp. 44-57.

⁴⁹ Bryce, *World*, 1995, citado en Stara, *Perú*, 1995, pp. 296-303.

acordó celebrar una reunión de emergencia tan pronto como Batista dejó el país con el propósito de echarlo del club a él y a cuatro de sus socios.⁵⁰ Los socios más opulentos salieron de Cuba en los meses siguientes, pero el club permaneció abierto a lo largo de 1959 y 1960 con el financiamiento de profesionales de rango mediano.⁵¹ En 1961, el nuevo gobierno se tornó en contra del Country Club La Habana y lo convirtió en una escuela nacional de música y baile, el Instituto Superior de Arte. El campo de golf sirvió para una oportuna fotografía poco después de que los rebeldes tomaron la capital, con Castro golpeando la pelota por el prado, en traje de faena, una boina y un puro, en un momento pleno del simbolismo del levantamiento.⁵² Pero cuando el club fue nacionalizado, se construyeron dormitorios para estudiantes sobre esas pistas decadentes, dejando a los caddies sin trabajo, aunque la mayoría de los empleados de la casa club conservó su trabajo atendiendo a los estudiantes de música.

Las compañías estadounidenses de barcos de vapor también siguieron funcionando fuera de La Habana durante dos años después de que Castro llegó a la ciudad. La edición de 1960 del *Directorio angloamericano de Cuba* mencionaba agencias de Lykes Brothers, United Fruit Company, Ward Line, Moore McCormack Line, United States Lines y La Habana Car Ferry Operating Company, que manejó el "súper transbordador" de ciudad de La Habana a Key West. El trans-

bordador sacó de la ciudad a muchos residentes estadounidenses en 1961, cuando las relaciones entre las naciones se rompieron.⁵³ Pero las "múltiples escuelas privadas de La Habana: las escuelas parroquiales, las escuelas exclusivas para las clases altas, y muchas para las diversas comunidades extranjeras" se cerraron después de 1959, incluyendo "la escuela más usada por las comunidades estadounidense y británica", la Academia Ruston. Esto "creó penurias para el cuerpo diplomático" y otros expatriados que permanecieron en la isla.⁵⁴

Otro acto significativo de Fidel Castro en los días posteriores a su ingreso a la ciudad fue convertir el flamante Habana Hilton en su cuartel general. A pesar de los esfuerzos de Conrad Hilton por conservar el control de la propiedad, el nuevo régimen confiscó la torre de turismo y la rebautizó como Habana Libre, pero sólo después de un periodo de transición similar al experimentado por el CCH.⁵⁵ Sólo los casinos, que se asociaban con la influencia extranjera, y los parquímetros, emblemáticos de la corrupción gubernamental, fueron atacados y destruidos por multitudes de cubanos resentidos inmediatamente después de la huida de Batista, y aunque los clubes sociales murieron de una muerte más lenta, los Cinco Grandes al final sucumbieron a la apropiación por parte del gobierno.⁵⁶ Durante los años setenta y ochenta, muchas de las instalaciones cumplieron funciones de carácter social muy distinto, adoptaron

⁵⁰ Boletín del CCH de 1959.

⁵¹ Entrevista con Armando Delgado, diciembre de 1995 en La Habana.

⁵² "Che Guevara Photographer [Alberto Korda] Dies", BBC News, 26 de mayo de 2001.

⁵³ *Anglo-American Directory of Cuba 1960*, 1960.

⁵⁴ Smith, *Closest*, 1987, p. 180; entrevista con Berta Álvarez, diciembre de 1995 en La Habana.

⁵⁵ Skwirot, "Itineraries", 2001, pp. 257-312.

⁵⁶ Paterson, *Contesting*, 1995, p. 226.

otros nombres ("Mártires de la Revolución", por ejemplo) y se convirtieron en clubes recreativos para varios sindicatos, tales como los trabajadores de la educación. Pero la crisis económica de los años noventa dificultó la obtención de materiales de construcción así como los financiamientos, de modo que la mayoría de las famosas casas club fueron sufriendo desperfectos y se clausuraron. El Club de Yates de La Habana se demolió y el Club de Yates Biltmore se deterioró severamente antes de que lo restauraran para convertirlo en un centro de entrenamiento atlético. El Miramar se convirtió en un centro de recreación para oficiales militares, y el Casino Español pasó a ser un centro de diversión para funcionarios gubernamentales. El menos elitista Club de Yates Comodoro primero sirvió como campo de juegos para la organización de los trabajadores militares, y luego se convirtió en el hotel Comodoro, para turistas internacionales, en manos de la corporación Gaviota. El Club de Natación Miramar, de la clase media, permaneció abierto para la recreación familiar.⁵⁷

Después del periodo de duda que permitió a las famosas instituciones del territorio de clubes de la Habana continuar funcionando por alrededor de dos años, el resto de la "colonia americana" desapareció rápidamente. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas en enero de 1960, tuvo lugar un éxodo de ciudadanos estadounidenses. Al partir los cubanos más ricos y sus amigos extranjeros, la propiedad de las mansiones de los distritos occidentales cambió de manos, con lo que las

mansiones victorianas de Vedado y los bienes raíces de las urbanizaciones del Country Club pasaban a familias revolucionarias. La mansión del embajador de Estados Unidos se convirtió en el hogar de los funcionarios de la embajada suiza, lo que convirtió a La Habana en un destino muy popular para los empleados del servicio exterior suizo. Permanecieron ahí hasta la apertura de la Sección de Intereses Especiales de Estados Unidos de la embajada de Suiza, la embajada estadounidense sustituta durante la administración de Carter. Entonces el nuevo no embajador de Estados Unidos, Wayne Smith, se mudó y así reasumió los placeres de la vida diplomática alrededor de la piscina.⁵⁸

En abril de 1961, cientos de ex socios de clubes tomaron por asalto Playa Girón, en la Bahía de Cochinos, tratando de recuperar el territorio de clubes que habían perdido en la revolución. "Peoba" Rionda, un prominente socio del CCH, fue asesinado ahí. En fotografías que se conservan de los antiguos días en el CCH puede verse a Rionda flanqueado por sus colegas y compañeros de golf, banqueros porcosinos [*sic*] de Estados Unidos.⁵⁹ El fallido intento de Rionda, sus camaradas de armas y sus aliados de la CIA por recapturar su campo de juegos prerrevolucionario selló el destino de los últimos remanentes del territorio de clubes. La debacle, junto con la crisis de misiles cubana 18 meses después, inició una etapa esencialmente gélida de la guerra fría en ambos lados del canal de Florida. Sólo unos cuantos anti-

⁵⁷ El autor determinó la situación de las propiedades del club durante el trabajo de campo en el área de La Habana, diciembre de 1995.

⁵⁸ Smith, *Closest*, 1987, pp. 178-230; entrevista con Wayne Smith, 8 de julio de 1997, Washington, D. C.

⁵⁹ Fotografías del Country Club de La Habana, colección privada.

guos “colonizadores estadounidenses”, a quienes se les permitió quedarse porque estaban casados con cubanos, permanecieron en la capital. Sólo pude encontrar a una persona de éstas en diciembre de 1995, y no tenía ningún interés en hablar conmigo. Las hordas de turistas, sumamente diezgadas en 1959 y 1960, se alejaron por completo después de 1961, cuando empezó el embargo de Estados Unidos. Pero, recientemente, los turistas estadounidenses están de regreso en bandada, a pesar de las medidas enérgicas de la administración de George W. Bush. Algunos de ellos han llegado a beber, a convivir con prostitutas y a ofender a los locales igual que en épocas pasadas, creando problemas nuevos al régimen que se había enorgullecido de haber eliminado los peores excesos del comercio turístico y de haber terminado completamente con la prostitución.⁶⁰

Mucho después de haber desmantelado el CCH, Fidel Castro descubrió que se requería cierto tipo de sede informal para que funcionara como una extensión de las relaciones oficiales con los diplomáticos residentes, algo así como un club, con restaurant e instalaciones recreativas, donde los altos funcionarios y diplomáticos pudieran estrechar relaciones personales en torno a alguna bebida o en un campo de golf. El resultado fue el DiploGolf Club, una versión modificada del viejo CCH, en una antigua casa club con piscina y pista de boliche en los suburbios del

sur de La Habana. Entre todos los monumentos del antiguo territorio de clubes de La Habana prerrevolucionaria, el DiploGolf es el que desempeña el papel más parecido al de las instalaciones originales; los únicos a quienes se permite el acceso son cubanos favorecidos por el régimen y miembros del personal de las embajadas extranjeras.

ARCHIVOS

- Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, Cuba.
- Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., Estados Unidos.
- Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park, Nueva York.
- National Archives, Washington, D. C., Estados Unidos.
- Colección privada, fotografías del Country Club de La Habana.

HEMEROGRAFÍA

- Foreign Commerce and Navigation*, Washington, D. C., 1890.
- Biltmore*, 1948-1959.
- Diario de la Marina*, 1911-1960.
- Havanity*, 1941-1942.
- La Habana Magazine of Cuba*, 1929-1930.
- La Habana Post*, 1911-1960.
- La Habana Weekly*, 1938-1954.

DIRECTORIOS

- Anglo-American Directory of Cuba*, Imprenta Aldina, Marianao, Cuba, 1956-1960.
- Boletín del Country Club de La Habana*.
- Libro de oro de la sociedad habanera*, 1926-1960.

⁶⁰ “Sea Change for Tourism in Cuba”, Cathy Lynn Grosman, *USA Today*, 19 de enero de 1996; “As Travel to Cuba Grows, Limits Gain Support”, Edwin McDowell, *New York Times*, 23 de julio de 2000; “U. S. Tourists Face Fines for Cuban Travel”, *National Post* [Ontario], 4 de agosto de 2002.

GUÍAS TURÍSTICAS

- Guía rápida del Vedado*, 1951-1952.
- Norton's Complete Hand-Book of Havana and Cuba*, Chicago y Nueva York, Rand, McNally and Company, 1990.
- The Blue Guide to Cuba*, 1949.
- Welcome to Cuba*, 1955-1956.

BIBLIOGRAFÍA

- Bradley, Hugh, *Havana, Cinderella's City*, Garden City Publishing, Garden City, Nueva York, 1941.
- Bryce Echenique, Alfredo, *A World for Julius*, 1969, extraído de Starn, Peru, 1995, pp. 296-303. [*Un mundo para Julius*, Anagrama, 2a. ed., Barcelona, 1995, pp. 119-120].
- Cirules, Enrique, *El Imperio de La Habana*, Letras Cubanas, La Habana, 1999.
- Dana, Richard Henry Jr., *To Cuba and Back: A Vacation Voyage*, Ticknor and Fields, Boston, 1860.
- Franck, Harry, *Roaming Through the West Indies*, Blue Ribbon Books, Nueva York, 1920.
- Gellman, Irving, *Secret Affairs: Franklin Roosevelt, Correll Hull, and Summer Welles*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1995.
- González Echevarría, Roberto, *The Pride of Havana*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.
- Greene, Graham, *Our Man in Havana*, 1954, reimp. Penguin Books, Nueva York, 1991.
- Hemingway, Ernest, *To Have and Have Not*, Scribner, Nueva York, 1937.
- Hugill, Stan, *Sailortown*, Routledge & Kegan, Londres, 1967.
- Martínez-Fernández, Luís, *Torn between Empires: Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*, University of Georgia Press, Atenas, Georgia, 1994.
- May, Robert E., *The Southern Dream of Caribbean Empire, 1854-1861*, University of Georgia Press, Atenas, Georgia, 1989.
- Morison, Samuel Eliot, *The Maritime History of Massachusetts*, 1921, reimp. Northeastern University Press, Boston, 1979.
- Paterson, Thomas, *Contesting Castro*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- Pedraja, René de la, *The Rise and Decline of Merchant Shipping in the Twentieth Century*, Twayne Publishers, Nueva York, 1992.
- Pérez, Louis A. Jr., *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*, University of Georgia Press, Atenas, Georgia, 1990.
- , *On Becoming Cuban: Identity, Nationality, and Culture*, Ecco Press, Nueva York, 2001.
- Roorda, Eric, *The Dictator Next Door: The Good Neighbor Policy and the Trujillo Regime in the Dominican Republic, 1930-1945*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1998.
- Smith, Wayne, *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of United States-Cuban Relations since 1957*, Norton, Nueva York, 1987.
- Skwiot, Christine, "Itineraries of Empire: The Uses of United States Tourism in Cuba and Hawaii, 1898-1959", tesis doctoral, Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook, 2001.
- Starn, Orin, *The Peru Reader*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1995.
- Stavans, Ilan, *Oxford Book of Latin American Essays*, Oxford University Press, Nueva York, 1997.
- Stone, Robert, "La Habana Then and Now", *Harper's Magazine*, marzo de 1992, pp. 136-149.
- Verril, A. Hyatt, *Cuba Today*, Dodd, Mead and Company, Nueva York, 1931.
- Williams, William Appleman (coord.), *The Shaping of American Diplomacy*, Rand McNally, Chicago, Illinois, 1970.
- Woon, Basil, *When It's Cocktail Time in Cuba*, Horace Liveright, Nueva York, 1928.